

# La madre oculta

por Gerardo Gutiérrez\*

*Hadas y brujas son los principales personajes femeninos de la literatura tradicional. En el artículo que sigue, el autor, rastreando en los cuentos populares, analiza el papel que, desde el punto de vista psicológico, cumplen en ellos en tanto que representaciones matizadas de la madre.*

**S**i se preguntara a un grupo de psicólogos o educadores acerca del porqué de estos personajes en los cuentos infantiles, sobre su significado en términos generales, es probable que la respuesta fuera unánime: ambas son representaciones de la madre. Es una respuesta que parece obvia.

Eso es precisamente lo que me ha hecho pensar: la aparente obviedad de la respuesta. Y me ha llevado a plantearme ciertas preguntas para las que intentaré dar alguna respuesta:

¿Qué queremos decir al afirmar que esos personajes «representan» a la madre?

Si *hada* y *bruja* son representaciones de la madre, ¿a qué «madre» están representando?

## Distintas representaciones de una misma madre

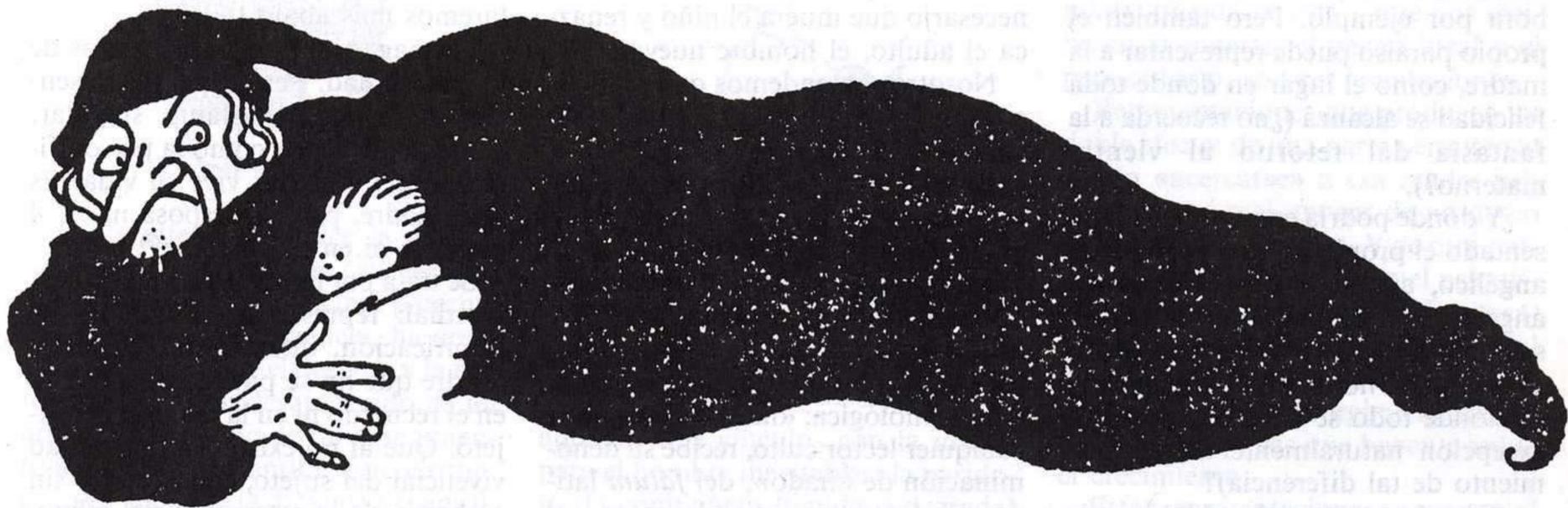
He afirmado en muchas ocasiones la idea de que estos personajes son representaciones diferentes de la madre, o también, que son sustitutos «manipulados» (desplazados, escindidos, idealizados, etc.) de ella.

Así por ejemplo, vemos en muchos de nuestros cuentos que la madre desaparece al principio del relato (por

muerte o viaje generalmente) y, en su lugar, aparecen madrastras, hadas, brujas, con las cuales el niño-protagonista encara y resuelve una serie de conflictos, que suponemos corresponden a la relación con la madre ausente, y que han permanecido velados en el cuento.

Este punto de vista tiene aplicaciones útiles sobre todo para el psicólogo o el educador: permite suponer que la envidia, los celos, la avidez devoradora, la rivalidad que aparecen en las relaciones del protagonista con estos sustitutos «malos» de la madre son tal vez sentimientos y vivencias que se dan en el vínculo con la madre. También podríamos suponer lo mismo respecto a la necesidad de un poder omnipotente, una preferencia incondicional que se manifiesta cuando se trata de los sustitutos «buenos».

Si además tomamos el cuento como paradigma, como código, podríamos hacer inferencias desde lo visto en el cuento a las vivencias y comportamiento de los niños en general. El cuento nos brindaría así una guía acerca de los problemas del niño, en este caso con la madre, de ciertos aspectos de ellos que se desvelan gracias a los sustitutos, y de la elaboración posible de los mismos.



J. SÁNCHEZ TENA. REPUNCEL. JUVENTUD, 1933.

Ahora bien, detengámonos en una cuestión: la madre que aparece en los cuentos, esa que con frecuencia no está ¿no es a su vez otra representación de la madre? Por supuesto. La madre de Blancanieves, la esposa estéril y melancólica que anhela tener una hija y que muere en el parto, es otra representación posible de la madre.

Y es que no puede ser de otra manera ya que la representación representa a... otra representación. La madre aludida no puede ser sino otra representación de la madre. Retomaremos esta cuestión más adelante.

Otro punto importante: el cuento, como texto que es, tiene su propia sintaxis y su propia semántica, es decir, sus personajes establecidos, sus acciones, las relaciones y equivalencias entre unos y otros, etc. Ciertamente que se pueden establecer distintas sintaxis y semánticas para los cuentos.

Un ejemplo de ello es la *Morfología del cuento* que elabora Propp.<sup>(1)</sup> Es un metalenguaje, un código que pretende establecer una determinada estructura formal de los cuentos y una justificación histórico-antropológica de las funciones y personajes que constituyen esa estructura.

Hay otros códigos. Y hay polémi-

cas ya famosas entre los defensores de unos y otros.

### El punto de vista del niño lector

Ahora bien, si abandonamos el punto de vista de la estructura del relato, de su coherencia interna, y nos ponemos en el lugar del niño lector del cuento, la cosa se nos complica enormemente. Es sin embargo este el punto de vista que más nos interesa a psicoanalistas y educadores.

Pues bien, para el psiquismo del lector, una representación no representa por tener un contenido análogo a lo representado, sino por su particular y a veces azaroso vínculo con otras representaciones. Solemos caer en la trampa de creer que la representación que mejor representa a algo es aquella que, con lo representado, guarda ciertas analogías de imagen, contenido, funciones, etc. Así, la imagen de una mujer, mayor, sabia, a veces muy bondadosa y a veces maléfica, que tiene estrecho contacto con los niños, con los que además establece determinado tipo de relación (ayudarlo, transformarlo, aconsejarlo, sacrificarse por él o, en el otro extremo, engañarlo, encerrarlo, maldecirlo, devorarlo) sería la representación ideal

para expresar las vivencias del niño en relación con una madre de quien, en ocasiones distintas, piensa todo eso.

Pero en realidad, decíamos, la función representacional es mucho más compleja y no necesariamente está ligada al contenido de la representación. No podemos esperar por tanto que la conexión «representación del cuento» «representación mental del propio sujeto» sea puntual, regida por el contenido de las mismas y, menos aún, por el lenguaje de la conciencia.

De manera que, de antemano, no podemos saber, en la fantasía que el niño construye a raíz, entre otras cosas, de la lectura o audición del texto del cuento, en dónde estará la madre y en dónde el propio sujeto. Tampoco él lo sabe ya que la asociación entre distintas representaciones se produce a pesar de él, sin que pueda disponer las equivalencias y el significado de las mismas.

Un ejemplo. Supongamos de qué forma puede estar representada la madre y el sujeto en una fantasía del tipo de las de Génesis y Paraíso. Un niño puede representarse inconscientemente a la madre como un aditamento del padre, como una parte insignificante de él, como una costilla por ejemplo.

También podría representársela

como alguien envolvente, seductor, dañino para el padre. Como una víbora por ejemplo. Pero también el propio paraíso puede representar a la madre, como el lugar en donde toda felicidad se alcanza (¿no recuerda a la fantasía del retorno al vientre materno?).

¿Y dónde podría encontrarse representado el propio sujeto? ¿En un ser angélico, asexuado como todos los ángeles, enfurecido porque los padres se han negado a vivir esa vida edénica en donde no existe la diferencia y en donde todo se debe compartir (a excepción naturalmente del conocimiento de tal diferencia)?

¿Estará representado en esa pareja avergonzada, cabizbaja, expulsada del Paraíso porque pretendió conocer acerca de un saber que el Padre se reserva?

¿Por qué no en la hoja de parra que oculta el sexo diferente de los padres?

## Hadas y brujas: ¿qué representación maternal?

Demos ahora un paso atrás en la línea argumental para tratar de contestar a la segunda pregunta que nos hacíamos: si desde distintos códigos semánticos se afirma que el hada y la bruja son representaciones de la madre, ¿qué madre es la que se trata de representar?

Veamos lo que dice Propp, una de las personas que con mayor rigor y reconocimiento general se ha dedicado al estudio de la literatura tradicional.

Este investigador ruso del folklore afirma<sup>(2)</sup> que el cuento maravilloso presenta tres formas distintas de maga: la maga-donante que ayuda al héroe y le regala objetos mágicos; la maga-raptora que con frecuencia rapta a los niños e intenta asarles, y la maga-guerrera. Tras las dos primeras creemos encontrar al hada y a la bruja respectivamente.

Propp relaciona en general los contenidos del cuento con el rito de iniciación. El viaje del protagonista lo

sería al reino de la muerte. Pero una muerte entendida como iniciación: es necesario que muera el niño y renazca el adulto, el hombre nuevo.

Nosotros entendemos que esta iniciación se actualiza en cada niño cuando alcanza la pubertad.

En este viaje iniciático parece que la maga juega un importante papel: es en base a la intervención de la maga-raptora y ayudado por la maga-donante cómo el protagonista sufre esta transformación de niño en adulto. (Aquí cobra sentido la consideración etimológica: «hada», como sabe cualquier lector culto, recibe su denominación de «hado», del *fatum* latino. El *fatum* se entiende como «el destino». Hada, por tanto, es un personaje cuya cercanía al héroe habla de la permanente compañía del destino junto a nosotros. En determinadas tradiciones no se habla de hada y bruja, sino de hada buena y hada mala.

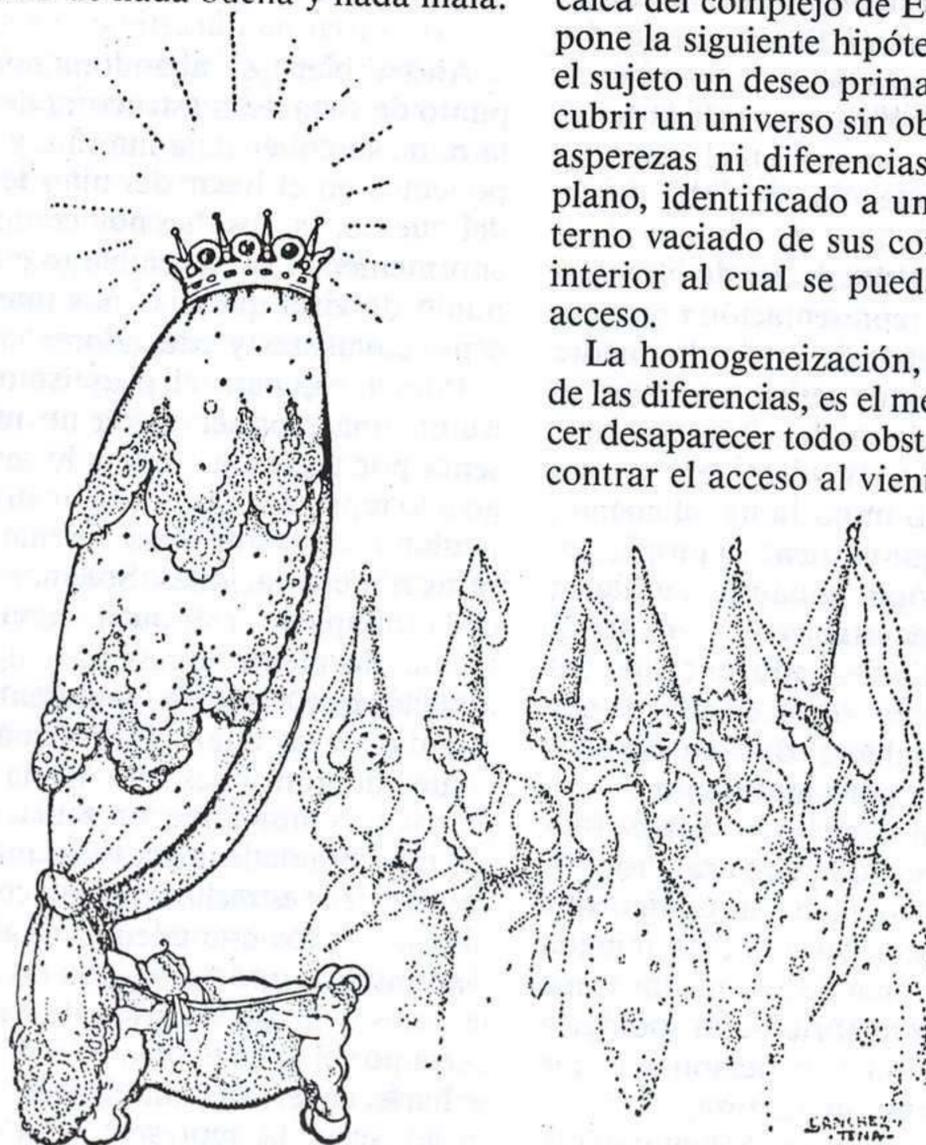
En esta misma línea parecen ir las consideraciones de Freud que comentaremos más abajo.)

La maga tiene todos los signos de la maternidad. Pero es una representación materna bastante singular: «Aun apareciendo como la personificación del sexo, no vive su vida. Es sólo madre, pero no esposa ni en el presente ni en el pasado.»<sup>(3)</sup>

Se trata por tanto de una madre primordial: representación vaciada de significación, intenciones y afectos. Madre que no se puede encontrar ni en el recuerdo ni en la historia del sujeto. Que al no existir en la realidad vivencial del sujeto, forma parte sin embargo de la estructura del relato, diría Propp, o de la estructura psíquica, podríamos decir desde el psicoanálisis.

Chasseguet Smirgel, psicoanalista francesa, en el trabajo «La matriz arcaica del complejo de Edipo»,<sup>(4)</sup> propone la siguiente hipótesis: existe en el sujeto un deseo primario de redescubrir un universo sin obstáculos, sin asperezas ni diferencias, totalmente plano, identificado a un vientre materno vaciado de sus contenidos, un interior al cual se pueda tener libre acceso.

La homogeneización, la negación de las diferencias, es el medio para hacer desaparecer todo obstáculo y reencontrar el acceso al vientre materno.



SÁNCHEZ TENA. HISTORIA DE DESITJADA. LA PRINCESA CÉRVOLA, JUVENTUD, 1935.



Si las diferencias, dice la autora, son abolidas, la relación causa-efecto lo es también. Si el principio paterno, que introduce la diferencia, ha desaparecido, el antes y el después y la historia misma han desaparecido de un golpe. Es un modo de funcionamiento mental lineal y antihistórico: situados por fuera de la dimensión causal, las ideas y las palabras pueden ser utilizadas no importa cómo: es la «amalgama».

Permitiéndome poner en relación a ambos autores, diría que la maga-donante (hada) y la maga-raptora (bruja) son representaciones de una madre «anterior», (en un tiempo lógico o en un tiempo del deseo, ya que en un tiempo cronológico no podemos encontrarla), en donde reinaría la confusión y la indiscriminación. Ser único, sin la intervención de la función paterna ni del lenguaje; madre anhelada y temida, confortable y terrorífica; madre no real a la que apunta el deseo del sujeto y de la que huye también con horror; pura representación a la que aluden todas las representaciones posibles de la madre.

Freud, en un precioso artículo escrito en 1913, «El motivo de la elección del cofre»,<sup>(5)</sup> al analizar a la joven bella y silenciosa que en muchos cuentos y obras clásicas es el objeto de amor al que el protagonista tiende, la compara con el destino, concretamente en su representación clásica: las Parcas.

¿Qué representaban las tres Parcas? El nacimiento, inmerso ya en una disposición fatal; el vivir, dentro de los límites que el destino establece; y lo ineluctable, la muerte.

O también, dice Freud, «se figuran



J. SÁNCHEZ TENA. HANSEL Y GRETTEL. JUVENTUD, 1933.

aquí los tres vínculos con la mujer, para el hombre inevitables: la paridora, la compañera (tenida o deseada) y la corrompedora (la muerte). O las tres formas en que se muda la imagen de la madre en el curso de la vida: la madre misma, la amada, que él elige a imagen y semejanza de aquella, y por último la Madre Tierra (la muerte), que vuelve a recogerlo en su seno».<sup>(6)</sup>

Curiosa manera (a través de la bella y discreta protagonista) de representar a la madre primordial, principio y fin del sujeto humano.

Otra forma de representación de la madre, más conocida, corresponde a la «teoría de las posiciones» de la psicoanalista inglesa Melanie Klein.<sup>(7)</sup> Según ella, ya desde los primeros momentos de la vida empiezan a figurar entre las precarias representaciones mentales del niño, la de un pecho idealmente bueno y benéfico y la de un pecho idealmente cruel y persecutorio.

Ahora bien, estas representaciones fragmentadas, dissociadas, idealizadas, implican ya un intento de representación y por tanto de control de la idea de una madre primordial, «amalgama», confusional, en donde la diferencia no está presente ni siquiera como disociación; productora por tanto de una angustia también confusional que no permite el crecimiento por la imposibilidad de estructuración mental.

Concluyendo: el hada y la bruja, la maga-donante y la maga-raptora, la madre que da la vida y que nos recibe en la muerte, el pecho ideal y el persecutorio, son representaciones.

Representaciones que producen un doble efecto: de una parte permiten al sujeto «acercarse» a esa madre primordial, no real, motor de un deseo de permanente retorno. Y de otra parte organizan y estructuran el psiquismo del sujeto, su actividad de pensamiento (para poder «pensar» ese real imposible que es la madre primordial), y provocan el surgimiento de las defensas psíquicas que hacen posible el crecimiento.

Estas representaciones se prestan al deseo regresivo del sujeto, pero por vía de lo representacional, no por vía de un retorno real imposible. Y, precisamente por ello, se prestan al crecimiento mental del sujeto que podríamos definir por un posicionamiento cada vez más adecuado en relación con la representación, con la palabra.

¿Representaciones de quién, de qué? De otras representaciones. No hay ninguna madre real en donde esa cadena de sucesivas representaciones se detenga y venga a coincidir. No hay un real materno. ■

\*Gerardo Gutiérrez es profesor de psicología de la Universidad Complutense de Madrid y psicoanalista.

#### Notas

1. Propp, V., *Morfología del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1971.
2. Propp, V., *Las raíces históricas del cuento*, Fundamentos, Madrid, 1974.
3. Propp, V., op. cit. pág. 104.
4. Chasseguet Smirgel, J., «La matrice archaïque du complexe d'Oedipe». Conferencia pronunciada en la APM.
5. Freud, S. (1913), «El motivo de la elección del cofre», Amorrortu editores, O.C. tomo XII, pp. 303-317, Buenos Aires, 1980.
6. Freud, S., op. cit. pág. 317 (los paréntesis son míos).
7. Klein, M. «Algunas consideraciones teóricas sobre la vida emocional del bebé», en *Desarrollos en Psicoanálisis*, Hormé, Buenos Aires, 1962, pp. 177-207.